

TITANIA McGRATH

WOKKE

"Una maravillosa sátira clásica."

Ricky Gervais

"Titania McGrath vapulea sin compasión a la brigada de ofendidos en redes sociales, los permanentemente agraviados, los que se dedican a vigilar los pensamientos y las palabras hasta el absurdo."

The Herald

En *Woke* Titania McGrath demuestra cómo cada persona puede contribuir a la consecución de la justicia social. Como milenial en la trinchera del activismo en línea, Titania guía a sus lectores por los conceptos y la terminología, en ocasiones un tanto abstrusos, que debe manejar con soltura toda persona *woke*.

En realidad, ser *woke* es mucho más fácil de lo que la gente piensa. Como Titania señala, cualquiera puede ser activista. Por ejemplo, puedes cambiar el mundo simplemente colocando una bandera del arcoíris en tu perfil de Facebook o increpando una persona mayor porque no sabe lo que significa 'no binario'. De hecho, las redes sociales te permiten mostrar lo virtuoso que eres sin tener que hacer nada.

Oportuna y esencial, esta guía te ayudará paso a paso a convertirte en una persona *woke*. Titania te explica lo equivocado que estás en todo y cómo puedes llegar a ser como ella.

La libertad solo se puede conquistar con penurias, sacrificio y acción militante.

Nelson Mandela

No es una sonrisa; es la máscara de un grito.

Bet Lynch

*Mi poesía es incondicional.
Mis instintos son profundos.
Los poderosos me temen.
Los oprimidos me adoran.
Soy la verdad.
Soy Titania McGrath.*

Titania McGrath

Introducción

Dios es una lesbiana negra judía.

Derek Jarman

Yo nací siendo woke^[1]. Mi consciencia es innata. Fluye por mis venas como un elixir mágico, mantiene mi alma pura y lista para el combate. En muchos sentidos, soy como la Juana de Arco de nuestros días: indomable, adelantada a su tiempo, con gran dominio del francés.

Algunas veces se me acercan desconocidos para darme la enhorabuena por mi inquebrantable sentido de justicia social. «Titania –dicen–, nos acabamos de conocer, pero me parece alguien cuya mera existencia personifica la conexión entre las virtudes del coraje y la verdad».

Este tipo de cosas me pasan prácticamente a diario.

Con tu permiso, me presento. Mi nombre es Titania Gethsemane McGrath. Soy una poetisa interseccional radical comprometida con el feminismo, la justicia social y la protesta pacífica armada.

En los últimos años me he convertido en una figura descollante en los recitales de poesía slam. Para quienes no sepáis qué es la poesía slam, es como la poesía corriente, pero con más pausas. Al acabar se suele servir un bufet sin lactosa.

Actúo con frecuencia en festivales de arte, iglesias desconsagradas y retiros espirituales lésbicos. He escrito más de cinco mil poemas, de los que en este libro incluyo una selección. Uno de mis favoritos es «Cómo electrocutar a un pastor», dedicado a mi tío Asbjørn, el único hombre al que he llegado a amar. Descanse en paz cuando fallezca.

Hay momentos en que me asusta mi propio talento. A veces, cuando leo mi obra, no puedo evitar llegar a la conclusión de que soy la única artista actual digna de mención. Tengo una capacidad única para extirpar la intolerancia de la cultura occidental contemporánea con el bisturí lingüístico.

Como icono milenial a la vanguardia del activismo en redes, estoy excepcionalmente capacitada para guiarte a través de la apabullante multitud de conceptos que comprende la doctrina woke actual. En pocas palabras, soy mucho mejor persona que tú.

Esto no es arrogancia. Incluso diría que tener tanto talento es una maldición. Preferiría ser mediocre, como todos los demás.

La batalla por la justicia social lleva demasiado tiempo en manos de hipsters de clase media, de esos que compran en Urban Outfitters y piensan que el aceite para la barba es una buena inversión. En realidad, ser woke es mucho más fácil de lo que piensa la gente. Todo el mundo puede ser activista. Solo hay que añadir una bandera arcoíris a tu perfil de Facebook, o increpar a una persona mayor que no entiende lo que significa «no binario», y ya estás mejorando el mundo. De hecho, las redes sociales han posibilitado que demostremos lo íntegros que somos sin tener que hacer nada en absoluto.

Activistas como yo lideramos una nueva guerra cultural, detectamos el prejuicio como intrépidos sabuesos de la moralidad y hostigamos valerosamente la injusticia. Por dar un ejemplo concreto de nuestros logros, hemos conseguido ampliar la definición de la palabra «nazi» para que incluya a cualquiera que haya votado a favor del Brexit, o que se haya planteado votar alguna vez a un partido conservador, o que se niegue a tomar en serio el *Guardian*. Aunque esto ha sido una importante victoria para la causa progresista, también implica que hoy hay más nazis en Inglaterra de los que había en la Alemania de los años

treinta. Por ello este libro no solo es oportuno, sino también esencial.

Un hombre no hubiera podido escribirlo. Los hombres nunca podrán llegar a ser woke por completo debido a su masculinidad eminentemente tóxica. Temen el poder del *ioni*, la cadencia primigenia del ciclo menstrual. Las mujeres son diosas celestiales, hermanas de sangre de la sagrada bruja de la luna.

Soy narradora de verdades, destructora de patriarcas y osada metafísica. Armada con un escroto de género neutro, toco los huevos a los enemigos de la justicia. Doy de mamar a los bebés de la esperanza con mis robustos pechos de igualdad.

Si estás leyendo esto, es posible que no seas capaz de mantenerte al día en las tendencias actuales. Mi deber es guiarte a través de los campos minados de la justicia, convertirte en una versión más satisfactoria de ti mismo. Imagina que soy una alfarera en su taller y que tú eres barro deforme en mis manos.

Si quieres, puedo darle forma a tu destino.

Mi lucha

Perdona, pero no olvides, chica, mantén la cabeza alta.

Tupac Shakur

Puede que yo naciera woke, pero, desde luego, llegué a un mundo que no tiene nada de woke. Por eso siempre he sido tan radical. Mi primera acción nada más nacer fue hacerme pis encima del obstetra. Al parecer, no lloré nada, lo que fue motivo de cierta preocupación. La enfermera me dio un azote para tratar de provocar una reacción. Pero me mantuve desafiante.

Soy hija única de padres abogados. Enseguida aprendí que mi educación privada y las vacaciones familiares en Montenegro y las Maldivas no eran más que una estrategia de mis padres para desviar la atención de la opresión que sufría.

Como era de esperar, mi infancia estuvo plagada de traumas psicológicos. Nacer en un mundo heteronormativo patriarcal supremacista blanco pone a prueba la psique de cualquiera, sobre todo la de un bebé feminista del que se espera que esté tranquilo y no se queje.

Me amamantaron durante mis primeros seis meses de vida. ¿Acaso no se daba cuenta mi madre de que yo era vegana? ¿Le importaba siquiera? En cualquier caso, era abuso.

Antes incluso de salir de la cuna ya me estaba autolesionando con el imperdible del pañal. Cuando cumplí los cuatro años sufría tanto de anorexia como de sobrealimentación crónica. Es difícil detectar ambas condiciones cuando ocurren de forma simultánea, dado que la víctima

termina comiendo regularmente una cantidad de comida normal.

Pero yo sangraba por dentro. Literalmente, mis entrañas estaban llenas de sangre.

Cuando me matriculé en la guardería local decidí identificarme como género no binario. Instintivamente sabía que tenía que resistirme a lo que Laurie Penny describe como «el desastre de la heterosexualidad». Estaba a años luz de mi tiempo; en aquella época ni siquiera existía aún el término «no binario». Los profesores nunca habían oído hablar de baños de género neutro, y mis peticiones cayeron en oídos sordos. Por tanto, no es de extrañar que haya terminado con un grave caso de estrés postraumático autodiagnosticado.

Siempre he sido creativa con el lenguaje. Me acuerdo cuando, a la hora de la comida en la guardería, usaba la pasta de letras para deletrear sinónimos imaginativos de la palabra «vulva». Ya a la tierna edad de cinco años me propuse desmitificar los prejuicios sociales tan extendidos contra el sistema reproductivo femenino.

Con los años empecé a destacar en todas las asignaturas, excepto en biología, física, química, economía, historia, religión, informática y matemáticas. Enseguida me di cuenta de que esto no era debido a un «fracaso» por mi parte, sino que más bien se debía a que estas materias son constructos patriarcales para perpetuar el privilegio blanco. Mi yo adolescente era desconfiado por naturaleza; sin duda, las notas bajas eran un valiente acto de autosabotaje subconsciente.

Como apuntó la profesora Rochelle Gutiérrez, de la Universidad de Illinois: «A muchos niveles, las propias matemáticas operan como la blanquitud». De hecho, se sabe que el Ku Klux Klan incendiaba el símbolo de la suma para intimidar a sus víctimas.

Además, Pitágoras toqueteaba a los niños.

Fue en el colegio donde mi predisposición poética encontró un objetivo contra el que luchar. Un varón cishet llamado Gourlay que nos daba clase de inglés trató de enseñarnos uno de los sonetos de Wordsworth. Creo que iba de un puente, o algo así. Todo ello –la rima forzada, la mala ortografía (¿qué narices es un «doth»^[2] ?), el sentimiento de privilegio masculino– me provocó arcadas. En la prueba práctica final de la asignatura de arte dramático presenté una obra improvisada en la que defecaba en el escenario sobre un volumen de las obras completas de Wordsworth. Aquello redujo bastante mis posibilidades de llegar a ser delegada de curso, pero mereció la pena.

Mi educación superior fue típica. Estudié Lenguas Modernas en Oxford y después continué con un Máster en Estudios de Género, en el que escribí una disertación revolucionaria sobre el tecnopaganismo y la naturaleza corrosiva del futuro cismasculino. Es una de esas carreras que te preparan para la vida en el mundo real.

No fue hasta la universidad cuando compuse mi primera auténtica obra maestra poética: «Castrar a todos los hombres blancos». Era tan radical e impactante que el periódico estudiantil se negó a publicar el texto. El argumento del director de que «sencillamente no es muy bueno» era a todas luces una excusa para eludir la inevitable controversia que hubiese causado. Me tomé su rechazo como una demostración de misoginia institucionalizada y realicé una performance de protesta que consistía en gritar el poema repetidas veces en la calle principal, cubierta de sangre menstrual y lanzando lombrices a la gente que pasaba.

Desde entonces, he trabajado incansablemente para producir los escritos más potentes y disidentes jamás vistos. Las palabras pueden cambiar el mundo. Cuando los activistas queer se apropiaron de la palabra «gay», que tradicionalmente había significado «feliz», lograron el ob-

jetivo de aumentar la homosexualidad y reducir la felicidad simultáneamente. Tal es el poder del lenguaje.

Yo no escribo poemas; escribo afiladas dagas de verdad.

En estos momentos resido en una de mis propiedades en Londres, un adosado de tres dormitorios en Kensington. El cuarto de servicio no es especialmente grande, pero son estos desafíos cotidianos los que nutren mi ingenio. Me alimento de infortunios, los digiero y los regurgito de nuevo al éter en un precioso chorro caleidoscópico.

Mi misión es impulsar un cambio a mejor en el mundo, seguir los pasos de luminarias pioneras como Emmeline Pankhurst, Rosa Parks y el tipo que interpretó al Sr. Sulu en *Star Trek*. Me encanta la palabra «woke» porque nuestra sociedad es una bestia somnolienta que lleva demasiado tiempo atrapada en un coma. Necesita un pequeño empujón.

Ahí es donde entro yo. Soy extraordinaria empujando bestias. Sigue leyendo y, con mi ayuda, tú también podrás despertar en tu interior esa conciencia woke.

Que le jodan al patriarcado

Cuando una mujer alcanza el orgasmo con un hombre está colaborando con el sistema patriarcal, erotizando su propia opresión.

Sheila Jeffreys

Tengo palabras de sabiduría para todas las mujeres jóvenes. No importa lo que hagas en la vida, ni el éxito que tengas, siempre serás una víctima del patriarcado. Entender esto es la clave para tu empoderamiento.

Desde los albores de los tiempos, e incluso antes, las mujeres han estado oprimidas bajo la losa del patriarcado. La historia de la parte femenina de la humanidad es como la de un escarabajo pelotero tratando de atravesar el Serengeti con una bola de estiércol de caballo a la espalda. Sí, las mujeres en Occidente pueden votar, hacer carrera y todos esos clichés que tanto les gusta repetir a los hombres. Pero la triste realidad es que las mujeres en nuestra sociedad están más oprimidas que nunca. Es precisamente la *ilusión* de libertad lo que hace que nuestra opresión sea todavía más devastadora. El hecho de que haya tantas mujeres que piensan que están disfrutando de sus vidas solo sirve para reforzar mi argumento.

La liberación de la mujer es un espejismo. Cuando parece que está a nuestro alcance, se evapora. Nunca dejes que un hombre te diga que no eres una víctima. Un hombre desnutrido y sin hogar que viva en la calle sigue siendo técnicamente más privilegiado que la reina.

Por suerte, activistas como yo –y como Laura Bates, Emma Watson y Caroline Criado-Perez– estamos luchando sin descanso para inyectar por fin algo de estrógeno en este moribundo organismo. Siento verdadera afinidad con

estas infatigables defensoras de los oprimidos. Para empezar, tenemos amigos en común, sobre todo en los círculos de debate estudiantiles, o de los torneos de hockey de nuestra época universitaria. Además, mis padrinos solían pasar los veranos en un resort en Suiza frecuentado también por la familia Criado-Perez, así que estamos prácticamente emparentadas.

La lucha puede ser desalentadora, como ya describió Laurie Penny en su libro *Bitch Doctrine*: «Llevo años luchando, incluso cuando era una adolescente desorientada y confusa, por un mundo en el que se trate a las mujeres como seres humanos, y a veces da la sensación de que nada ha cambiado». Casi es como si su trabajo no hubiera dejado ninguna huella.

La palabra «mujer» significa «humano femenino», mientras que «hombre» simplemente quiere decir «humano». Desde un punto de vista lingüístico, esto implica que las mujeres somos la excepción a la norma. Para rectificarlo, a veces utilizo «nomujer» para referirme a los hombres, y «nochica» para los chicos. Asimismo, suelo llamar «nogays» a las personas heterosexuales para que también sepan lo que se siente cuando te tratan como la otredad.

Personalmente, no tengo paciencia con los hombres cis. Para mí, el hombre ideal es aquel que, citando a aquella gran feminista, la difunta Andrea Dworkin, ha sido «golpeado hasta convertirlo en una masa sanguinolenta, con un zapato de tacón incrustado en la boca, como una manzana en la boca de un cerdo». Dworkin resaltaba por una excepcional genialidad que produjo algunos de los escritos feministas más perspicaces del siglo XX y fue una activista clave en el movimiento antipornográfico. Todo esto lo logró pese a su absoluta falta de carisma y tener una cara como un perro de presa. Una verdadera inspiración.

La próxima vez que te encuentres cerca de un hombre, observa atentamente su comportamiento. Todo lo que hace es fálico por naturaleza. Está de pie, erguido y *erecto*,

siempre tratando de mostrar una actitud dominadora. Se pasea de un lado a otro, impulsando sus piernas hacia delante y hacia atrás, como si estuviera soñando con la cópula. Escupe cada palabra que dice, proyectando cada sílaba, simulando la más violenta eyaculación. Cuando se trata de hombres, cada gesto, cada palabra, cada pensamiento es un acto de agresión sexual.

Algunas lectoras pueden estar pensando ahora: «Pero yo conozco algunos hombres adorables, respetuosos, simpáticos, que jamás soñarían con hacer daño a una mujer». Permittedme que os corte este engaño de raíz. *No, no los conoces.* Si crees que algún hombre en tu vida es un ser humano agradable, no es más que una demostración de lo mucho que te han embaucado.

Con esto también me refiero a tu padre, si tienes la mala suerte de tener uno. Reconozco sin tapujos la existencia de mi padre, pero mantengo las distancias. De vez en cuando me cruzo con él, normalmente en funerales, o cuando ojeo la revista *Vogue* mientras Nenita termina de hacerme la colada. Si soy sincera, aparte de la provisión del ADN y de un modesto fondo fiduciario, no creo que mi padre haya sido de ninguna utilidad.

Desde su nacimiento, los hombres son entrenados para ignorar los deseos de las mujeres. Pensándolo bien, el proceso empieza mucho antes. Cada hombre comienza su vida dentro del cuerpo de su madre. Está literalmente dentro de una mujer sin su consentimiento verbal. No puedo expresarlo más explícitamente. *Lo primero que hace un hombre en la vida es violar a su propia madre.*

La cuestión de cómo existir siendo mujer en un mundo patriarcal debería ocupar la mente de cualquiera que sea realmente woke. Nos presenta una cierta paradoja. No me cabe ninguna duda de mi superioridad innata sobre los hombres y, aun así, me siento oprimida.

Con el fin de acabar con el patriarcado debemos trabajar conjuntamente para borrar de nuestra mente los es-

tereotipos de género. En agosto de 2018, Ann Millington, la directora ejecutiva del servicio de bomberos de Kent, pidió que se renombrara al popular personaje de animación Fireman Sam como «Firefighter Sam»^[3] para fomentar una mayor diversidad en el cuerpo de bomberos. Su lógica es irrefutable. La *única* razón de que las mujeres no entren en el cuerpo de bomberos es porque no han tenido personajes de animación que les dieran ejemplo.

Sinceramente, si un «bombero» intentara rescatarme de un edificio en llamas, le diría que se fuera a la mierda.

El patriarcado es muy antiguo. Nuestro planeta existe desde hace más o menos cuatro mil quinientos millones de años, lo que quiere decir que llevamos cuatro mil quinientos millones de años de tiranía masculina. Lo que realmente necesitamos es un sistema de reparaciones. La mejor solución sería invertir directamente el orden social actual. Los sueldos de las mujeres deberían ser dos veces más altos que los de los hombres para compensar las injusticias históricas.

Además, me gustaría que todas las posiciones de poder estuvieran ocupadas por mujeres: en la prensa, en el ámbito judicial, las artes y la política. No es suficiente con tener una mujer primera ministra del Reino Unido, una mujer primera ministra de Escocia y una mujer jefa de Estado. Estos no son más que nombramientos simbólicos para darnos la impresión de igualdad. Es un truco.

Las mujeres en posiciones de poder rara vez cometen errores. Margaret Thatcher no cuenta, ella solo era una mujer en el sentido estrictamente biológico de la palabra.

Piénsalo. Si Tony Blair hubiera sido una mujer, nunca nos habría llevado a una desastrosa guerra ilegal en Oriente Medio. Además, su esposa Cherie habría sido un fantástico modelo lésbico a seguir.

Solo alcanzaremos la verdadera igualdad cuando se valore más a las mujeres que a los hombres.

La tiranía de los hechos

Creo que hay muchas personas que están más preocupadas por ser precisas y estar en lo cierto factual y semánticamente que por ser moralmente correctas.

Alexandria Ocasio-Cortez

Todo conocimiento es efímero. Lo que hoy es cierto mañana ya no lo será. Las mentes más brillantes de antaño creían que las estrellas dictaban nuestros destinos, que la Tierra era plana y que la Luna ejercía alguna influencia sobre las mareas.

Hoy en día nos mofamos de estas supersticiones, pero en años venideros nuestros descendientes soltarán carcajadas cuando recuerden que nosotros aceptábamos ciegamente la relación putativa entre la obesidad mórbida y la mala salud, o que una persona negra no puede nacer en un cuerpo blanco, o que los hombres no pueden quedarse embarazados. Al fin y al cabo, no hay nada más placentero para un niño que la leche materna de un padre afectuoso.

Fijémonos en los cromosomas, por ejemplo. ¿Acaso ha visto alguien alguna vez un cromosoma? Si consultamos un libro científico, lo único que encontraremos serán unas pocas fotos borrosas en blanco y negro que muestran algo parecido a una escobilla deformada. Ni siquiera es digno de Photoshop.

Hasta me atrevería a decir que todo el conocimiento es un constructo patriarcal, puesto que ha sido adquirido a lo largo de siglos de totalitarismo masculino. Por tanto, cada vez que un hombre abre la boca está contribuyendo a una cultura de hegemonía androcéntrica. Para solucionar este problema, debemos asegurarnos de que las mujeres de